

evolución ha hecho que aquella ebriedad un poco cósmica, sin ideas ni presupuestos morales, se vaya haciendo cada vez más moral, más meditativa». Y añade, como salvando la autenticidad de su canto: «No es el compromiso, sino la elección de unas zonas morales que a uno le importan».

Y al hilo que específicamente rige nuestra selección, hay en *Conjuros* un poema que ejemplifica de modo casi arquetípico la inserción de ese momento subitáneo de la revelación o epifanía dentro del ya muy concreto *corpus* de posibles motivaciones morales y cercanas del hombre. No suele ser muy favorecido este poema en las antologías de la obra personal de Claudio, o de la poesía española de posguerra—, pero lo considero uno de los más logrados, por ceñido y misterioso, de ese libro (aunque en mi preferencia por él actúe también, muy en lo personal, el hecho de que creo escuchar tras sus versos un secreto parentesco espiritual con esa aleación de temblor metafísico y vibración moral que sostiene a los momentos poéticos más intensos del cubano José Martí, ese gran olvidado de los lectores peninsulares de poesía). El poema es el titulado «Alto jornal» y, como tantos en *Conjuros*, se basa argumentalmente en una mínima anécdota objetivadora: el suceso, la breve historia de un día (si bien excepcional) en la vida de un hombre modesto, de un hombre cualquiera. Y la historia de ese día *se narra* desde la salida del hogar hasta su regreso a éste, cumplido ya el rutinario trabajo cotidiano; pero rota en esa particular jornada, y enriquecido su espíritu, por el milagro de la revelación a que aquel hombre sin esperarlo asiste. Este es el poema.

ALTO JORNAL

*Dichoso el que un buen día sale humilde
y se va por la calle, como tantos
días más de su vida, y no lo espera
y, de pronto, ¿qué es esto?, mira a lo alto
y ve, pone el oído al mundo y oye, 5
anda, y siente subirle entre los pasos
el amor de la tierra, y sigue, y abre
su taller verdadero, y en sus manos
brilla limpio su oficio, y nos lo entrega
de corazón porque ama, y va al trabajo 10
temblando como un niño que comulga
mas sin caber en el pellejo, y cuando
se ha dado cuenta al fin de lo sencillo
que ha sido todo, ya el jornal ganado,
vuelve a su casa alegre y siente que alguien 15
empuña su aldabón, y no es en vano.*

La humildad del protagonista, ya meridianamente enunciada en el verso 1, se refuerza a través de todo un riguroso nivel semántico que transcurre a lo largo del texto, y el cual remite de modo impecable a esa condición de humildad —de *llaneza*,

cualidad humana tan resistente en la poesía de Rodríguez— que le da al conjunto su más calurosa proyección. De ese hombre se nos habla de *su taller verdadero* (8) y de *su oficio limpio* (9); se nos dice que *va al trabajo* (10) y que vuelve a casa *ya el jornal ganado* (14). Los escuetos dieciséis versos del poema describen el acaecer diario de un sencillo trabajador, de uno entre tantos hombres de «los que viven por sus manos» (con Manrique al fondo). Pero en ese particular día —el día del «suceso» inesperado y abridor— algo diferente ha ocurrido; y esa diferencia, que es el instante de la manifestación profunda, sí se presenta aquí en forma de súbita aparición, de maravillada sorpresa: *y, de pronto, ¿qué es esto?* (4). El llamado ha venido, como siempre, de lo alto; pero el poeta se cuida no más de registrarlo, en esa fugaz pregunta contentiva de la sorpresa, para hacer ingresar rápidamente sus efectos (mediante un muy vivaz dinamismo verbal acumulado en los versos 5-6-7) en ese ámbito, ya estrictamente moral, del trabajo ejercido como acto de amor y de dación. Porque aquel secreto llamado se ha resuelto, y muy en seguida, en la satisfacción emocionada del deber y en la alegría comunitaria de la coparticipación. Y el resultado de ese trabajo, y de las manos que lo ejecutaron, *nos lo entrega| de corazón porque ama* (9-10).

El quehacer del oficio, del trabajo, se libera así de su acostumbrada noción de faena pesarosa o mostrenca, y se alza y dignifica mediante ese impulso sostenido de comunión que preside el mundo del poeta, quien ahora se vale incluso de las connotaciones más elementales del sacramento que tal nombre recibe. Y ese hombre que así se da, que así se entrega, se aniña entonces (otro tema del poeta: la pureza de la infancia) y es *como un niño que comulga* (11). Y el tono del poema, que ha sido muy sencillo desde el principio, sube en grados de calor y entusiasmo, porque ha tocado precisamente ese «punto donde el alma se enciende al tocar la verdad como descubrimiento: no la verdad del ser por el ser, sino la verdad del estar con el ser, en un encuentro a fondo» (G. S.).

Porque el *de pronto, ¿qué es esto?* (del verso cuatro), nos ponía frente a la inminencia del ser, de alguna forma trascendente del ser, que se manifestaba a la manera irruptiva tan claramente expresada. Pero el poeta apenas se detiene a describirlo (como sí lo hizo con aquella *claridad* del texto de *Don de la ebriedad* antes visto) para, por el contrario, pasar muy de inmediato a detallar sus consecuencias factuales, a contarnos casi con morosidad lo muy positivo y beneficioso que ese descubrimiento —esa voz, ese misterio— *hace* en el hombre, y le permite felizmente *estar*, convivir, darse, y sentirse ardido por la alegría del deber cumplido. Es la intensa comunión por la entrega (más que el momento en sí de la revelación, aunque partiendo de ésta), lo que el poema en verdad nos narra. No, por tanto, el ser en abstracto; sí el ser en sus concreciones fácticas, humanas, morales. Desde luego, no puede perderse de vista el punto epifánico de arranque, porque si todo aparece al cabo transcendido lo es a partir de aquel momento milagroso de la secreta llamada, si bien traducido aquí en acción y conducta noble, dignificadora. Es decir: en gesto (en riqueza) moral.

Y el instante de mayor misterio, compartido pero también sólo sugerido, se encuentra, a mi juicio, en ese ambiguo *alguien* del verso 15, que en el siguiente *empuña su aldabón y no es en vano* (16). Este *alguien*, ¿es sólo aquél mismo hombre humilde que salió de mañana y ahora regresa, pero ya enriquecido, ya superior, por la revelación

que pudo gozar, y por todo lo que desde ella pudo hacer y darnos? ¿O sobre ese hombre, misteriosamente se ha sobrepuesto la intuición del otro, de los otros que han recibido los productos de su trabajo y de su amor, y que ahora le devuelven, en una mágica comunión de destinos, la sugestión de la vasta unidad universal de los hombres? Confieso que este *alguien* modesto, del final de uno de los aparentemente más modestos poemas de Claudio Rodríguez, me ha intrigado siempre como una de las más sugerentes figuraciones de su obra. Y puesto que eludo los dogmatismos interpretativos, lo abandono aquí, esperando dejar en cada lector el mismo temblor de misterio, la misma interrogante última.

En breve: «Alto jornal», que se había abierto con aquella rápida pregunta sobre el sentido de la sorpresiva manifestación —nivel metafísico—, ha inclinado al cabo lo mayor de su carga poemática hacia el platillo de la acción, el bien obrar y el amor. O sea, se ha inclinado hacia la tesitura moral, acorde a la tónica general de *Conjurros*. Pero aquí, en «Alto jornal», reproduciendo las últimas palabras del último verso (y a diferencia de otros poemas más secos de ese mismo libro), ese bien obrar *no es en vano...*

Alianza y condena (1965), ha sido el volumen de mayor ambición y complejidad de su autor, tanto como uno de los productos poéticos más granados de su generación, y el que definitivamente marca su ingreso en la madurez espiritual y expresiva a que su desarrollo poético le habría de llevar. Madurez: pérdida ya total, por tanto, de aquella mirada sólo intuitiva y fresca, de aquel vigoroso entusiasmo cósmico y al parecer sin destinatario cierto de su primer libro. Y consecuentemente: ratificación en su poesía de lo que Dionisio Cañas ha llamado su mirada contemplativo-reflexiva, con su arduo peso de cuestiones y ahondamientos (balanceando —matizando en el sentido de la gravedad— aquel impulso prístinamente auroral que antes le vimos). Porque, de hecho, no se pierde en *Alianza y condena* la fe en la realidad natural, ni la proyección comunitaria y solidaria hacia los hombres —dos constantes inquebrantables en Rodríguez, como se adelantó—, pero continuando aquí una línea de relevado bulto ya en *Conjurros*, se producirá igualmente la más puntual notarización de las negatividades humanas. La *alianza* y la *condena* avisan, desde le nuevo título, de ese ritmo dialéctico y zigzagueante que nerviosamente estructura al conjunto (y que veremos funcionar muy expresivamente en la pieza del mismo que seleccionamos y comentaremos muy poco después). Y de aquí su complejidad apuntada: ese carácter como de lectura minuciosa de la realidad toda, con sus flancos exultantes pero también con sus vertientes opacas, que los poemas en su sucesión y alternancia acaban por propiciar.

En su día, la ocuparme críticamente de esta entrega mayor del poeta, me empecé en resumir los contenidos de su sección primera, por parecerme que en ella el autor quería darnos su teoría de vivir, el diagnóstico teórico y agudo de lo que él mismo considera su tema central: «la vida, en sus múltiples manifestaciones y con todas sus consecuencias». Y al concluir allí mi resumen de esos contenidos —y son éstos: la búsqueda de la verdad, la naturaleza misma de la verdad, los instrumentos de posesión o de esfuerzos hacia ella, y los disfraces o enmascaramientos con que el hombre la ha ido enturbiando a lo largo de la historia— tuve que observar, y aquí se me excusará la autocita textual, que «en todos ellos se repite tozudamente una palabra: *verdad, la*